Vientos Alisios

Vientos alisios

Título original: *Trade Winds*

Copyright © 2010, Christina Courtenay
Published in Great Britain by Choc Lit Limited as *Trade Winds*

© de la traducción: Diego Merry del Val Medina

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: Depositphotos

Primera edición: marzo de 2014

Depósito legal: B. 999-2014
ISBN: 978-84-15854-26-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Christina Courtenay

Vientos Alisios

Libros de seda

A mi padre,
Kenneth Brian Tapper
(1933-2004)

Agradecimientos

En primer lugar me gustaría dar las gracias más efusivas a todo el equipo de Choc Lit, por haber valorado mi historia y por lo fantástico que ha sido trabajar con ellos.

En segundo lugar, debo reconocer honestamente que habría abandonado el proyecto de este libro hace mucho tiempo si no me hubiera unido a la Asociación de Novelistas Románticos *(Romantic Novelists Association, RNA)*. En particular me gustaría dar las gracias a Margaret James y a Nicola Cornick (los organizadores del *New Writers Scheme*), Katie Fforde, Eileen Ramsay, Rachel Summerson, Hilary Johnson y Mary DeLaszlo por la forma en que me han animado en todo momento.

Algunos de mis amigos merecen un agradecimiento especial: Henriette Gyland y Gill Stewart, mis brillantes compañeros críticos, Giselle Green, Victoria Connelly, Catriona Robb y Myra Kersner, quienes se negaron a dejarme abandonar cuando las cosas se ponían difíciles, y Tina Brown y Caroline Dahlén, que siempre están ahí cuando las ne-

cesito. Cecily Bomberg y su círculo de escritores, Neil, Lorraine, Caroline, Helen y los dos Killian (lo siento, chicos, por usar vuestro nombre en este libro) por sus valiosas críticas y su constante estímulo.

Agneta Hermansson y su equipo del Museo de la Ciudad de Gotemburgo me prestaron una gran ayuda e hicieron de mi trabajo de investigación una maravillosa experiencia. *Tack Agneta och dina medhjälpare!*

Y por último, pero no menos importante, gracias a mi familia y a mis amigos y a todos los que de verdad creyeron en mí. Ya sabéis a quiénes me refiero.

Libros de seda

Capítulo 1

Edimburgo (Escocia)
Agosto de 1731

—Estás en racha, Kinross, pero ya no puede durar. Lanza los dados una vez más y verás que tengo razón.

Killian Kinross miró fijamente al hombre sentado frente a él y sopesó el riesgo. Sobre la mesa se amontonaba el dinero ganado hasta el momento, una suma considerable. Sin embargo, por aquellos días se mostraba muy prudente, demasiado como para confiar a ciegas en la caprichosa Fortuna. Como de costumbre, en caso de emergencia, había tomado la precaución de deslizar algunas monedas en su bolsillo, para salvaguardar una parte de los beneficios, mientras los demás no miraban.

Kinross echó un vistazo a sus ganancias. Le tentaba la posibilidad de recoger todo y levantarse de la mesa, pero el juego era su única fuente de ingresos y tenía la reputación de ser un hombre que rara vez dice no a una mano. La posibilidad de futuros ingresos hacía deseable que las cosas siguieran así.

—No le queda nada con qué apostar, McGrath —dijo, arrastrando las palabras—. ¿No sería mejor que se marchara a casa a lamerse las heridas?

Los otros dos hombres sentados a la mesa lanzaron murmullos de aprobación, con voz pastosa por el exceso de vino. McGrath no había bebido tanto y clavó la mirada en su interlocutor.

—Todavía me queda mi barco. Lo apuesto contra todo lo que ha ganado esta noche —dijo.

—¿Ese viejo colador? —respondió Kinross en tono burlón, aunque de hecho nunca lo había visto— ¿Para qué iba yo a quererlo? Además, a usted le va a hacer falta, ahora que acabo de desplumarle. ¿Cómo piensa, si no, ganarse la vida?

Aunque McGrath era un palurdo que no merecía ninguna consideración, Kinross no buscaba arruinar a sus rivales en el juego. Granjearse tal fama sería una estupidez, ya que entonces otros podrían evitar sentarse frente a él, lo cual equivaldría poco menos que a un desastre.

—Si no me recupero, no tendré posibilidad de comprar ningún cargamento —gruñó McGrath—, así que no pierdo nada por arriesgarme.

Killian estudió a su oponente durante unos instantes, mientras consideraba sus opciones. Podía perder una gran suma de dinero. Por otra parte, si rehusaba, McGrath podría considerarlo un cobarde y difundir rumores al respecto. Tomó una decisión.

—Muy bien, si está empeñado en destruirse a sí mismo, adelante —dijo con voz que transmitía mayor tranquilidad de la que en realidad sentía. Lo cierto era que las probabilidades estaban del lado del rival y ambos lo sabían.

McGrath sonrió con suficiencia y su expresión depredadora mostró a Killian la seguridad que tenía de ganar aquella vez.

—Excelente, pero antes un poco más de vino. ¡Eh, tú, chica! —gritó a una de las muchachas que servían en el local y que pasaba por allí—. Trae un poco más de ese orín que llamáis Borgoña.

La joven lanzó al hombre una mirada de profunda aversión, aunque hizo lo que se le mandaba. A su regreso, sin embargo, se situó de forma desafiante junto a Killian, en lugar de hacerlo junto a McGrath, y se inclinó en el ángulo adecuado para ofrecerle una visión muy completa de sus atributos.

—¿Desea algo más, señor? —le dijo, tocándole el brazo.

Killian negó con la cabeza, sonriente, y la observó mientras ella se contoneaba en dirección a otra mesa.

—Eres demasiado guapo para tu propia seguridad —le dijo Rory Grant, su viejo amigo y compañero de juego, mientras le palmeaba festivamente el hombro—. Deberías dejar alguna dama libre para los demás.

—Y tú no deberías beber tanto, así también te mirarían a ti —respondió Killian—. Tal como vas, no les servirías de mucho.

—Rory tiene razón —terció el cuarto hombre sentado a la mesa, Dougal Forster, mientras asentía con la cabeza de forma algo exagerada—. Contigo cerca, a los demás ni nos miran. No es justo.

Killian no sabía si reírse o enfadarse. Era consciente de que a las mujeres les gustaba lo que veían cada vez que le echaban el ojo. Desde siempre se había negado a llevar peluca y su tupido cabello de color castaño rojizo, sus brillantes ojos azules y sus facciones regulares provocaban miradas de deseo por parte del sexo opuesto. Era algo a lo que se había acostumbrado y en lo que rara vez pensaba. Por otra parte, ni Rory ni Dougie andaban mal en lo que se refiere a aventuras amorosas, aunque ninguno pudiera competir con Killian en cuestión de atractivo físico. Alto, rubio y de trato afable, Rory podía resultar encantador para la mayoría de las mujeres, si se lo proponía, y en cuanto a Dougal, aunque de menor estatura y cabello oscuro, era de tan buena condición que se hacía querer por todo el mundo. Killian decidió hacer caso omiso de sus comentarios. A la mañana siguiente ni se acordarían de la conversación.

—¿Vamos a jugar o no?

El tono desafiante de McGrath devolvió a Killian al asunto que tenían entre manos. Asintió con la cabeza.

—¿Quiere usted lanzar primero? —dijo.

—Sí, por supuesto —respondió McGrath mientras agarraba el cubilete y lo agitaba. Sin embargo, se detuvo en seco—. Solo una cosa. Vamos a pedir que nos traigan otros dados. Por si acaso.

Killian frunció el ceño.

—¿Me acusa de hacer trampas? —inquirió.

—No, no, pero no quiero correr ningún riesgo. ¿Acaso me niega mi derecho a cambiarlos?

—Adelante, no tengo ningún problema. Simplemente nos llevará más tiempo, eso es todo.

Killian se encogió de hombros, pero por dentro hervía de indignación. Jamás en su vida había hecho trampas y no pensaba empezar aquel día.

Tras largo rato de espera, les trajeron otros dados y McGrath tomó de nuevo el cubilete. Después de murmurar una serie de invocaciones en gaélico, con objeto de atraer la buena suerte, sacudió el cubilete con todas sus fuerzas y lanzó los dados sobre la mesa.

—Cuatro y seis —indicó Rory, como si los demás no lo vieran por sí mismos—. Lo vas a tener complicado para superar eso, amigo.

Rory intentó palmear de nuevo el hombro de Killian, pero falló y estuvo a punto de caerse de la silla.

—Por Dios, Rory —dijo Killian mientras inspiraba profundamente y trataba de aparentar calma, aunque por dentro se sentía más agitado aún que los dados con los que estaban jugando. Aquella noche había sacado doble seis en dos ocasiones. No había posibilidad de que volvieran a salir, a menos que ocurriera un pequeño milagro. Maldijo para sus adentros. ¡Debería haberse retirado con sus ganancias cuando estaba a tiempo y al infierno con las consecuencias!

Ahora era demasiado tarde para lamentarse.

Recogió los dados, los metió en el cubilete y comenzó a sacudirlo a su vez. El sonido era familiar, casi reconfortante, pero sabía bien que aquella era una forma estúpida de ganarse la vida. En ocasiones así, lamentaba no haber encontrado ninguna otra manera de hacerlo. Apartó el pensamiento y lanzó los dados sobre la mesa con una floritura de la muñeca.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Rory mientras parpadeaba y se frotaba los ojos. Seguramente los tenía tan irritados como Killian, a causa de lo cargado del ambiente que se respiraba en la taberna, donde el humo de las velas de mala calidad se mezclaba al espeso y gris de una lumbre alimentada con leña verde.

—¿Seis y cinco? ¡No me lo creo! —rugió McGrath mientras volcaba la mesa. Dougie, que había estado a punto de quedarse dormido en su taburete, cayó al suelo y se quedó allí sentado, mirando a su alrededor con expresión de pasmo absoluto. La mayor parte de las monedas habían ido a parar a su regazo, pero no parecía darse cuenta.

—¡No puedes tener tanta suerte, Kinross! —siguió aullando McGrath— ¡Es imposible!

—¿Qué quiere decir? —respondió Killian, con ojos entrecerrados debido a la justa ira que se apoderaba de él. Ya estaba harto de las insinuaciones de McGrath—. Mida sus palabras. Es la primera vez en mi vida que veo esos dados y usted lo sabe.

Sin embargo, McGrath no atendía a razones. El rostro se le había puesto amoratado de rabia y su garganta parecía incapaz de emitir sonido alguno. En lugar de responder, lanzó los puños contra Killian.

La taberna se vio de pronto sacudida por una frenética agitación que hizo tambalear mesas, bancos y taburetes. Todo el mundo se había dado cuenta de que se estaba desencadenando una pelea y nadie quería perderse el espectáculo. Los dos contendientes se vieron rápidamente rodeados por una multitud que los animaba con consejos

e insultos a partes iguales. La mayoría de los espectadores ni siquiera conocían el motivo de la riña, pero les daba igual. La emoción del combate era lo único que les importaba.

Killian no hizo caso a los observadores y se concentró en el hombre que tenía delante. Esquivó con facilidad el primer ataque, fintó a la izquierda, después a la derecha y lanzó con rapidez el puño. No era aquella la primera vez que se veía arrastrado a una pelea y había tenido que aprender a defenderse por las bravas.

McGrath se abalanzó repetidas veces contra él, impulsado por el aporte extra de fuerza que le proporcionaba su propia furia, pero los rápidos reflejos de Killian lo mantenían a distancia. Una y otra vez, los puñetazos de Killian alcanzaban su objetivo, mientras que la mayoría de los de su rival caían en el vacío. McGrath acabó por retroceder, con un gruñido de furia, y se sacó de la manga un cuchillo de aspecto letal.

—Ahora veremos —murmuró entre dientes y con sonrisa de triunfo, mientras se pasaba el cuchillo de una mano a otra para demostrar su habilidad. Killian respiró hondo y sintió que un escalofrío de intranquilidad le recorría la espalda. Un intercambio de puñetazos era una cosa, pero una pelea a cuchilladas era otra muy diferente. Debía detener aquello y hacerlo rápido.

McGrath atacó y Killian evitó la hoja centelleante con un paso de bailarín. Antes de que su oponente tuviera tiempo siquiera de pestañear, respondió con un golpe cegador, más rápido que la mordedura de una víbora. Sus nudillos impactaron contra la sien izquierda de McGrath, impulsados por toda la fuerza de su musculoso brazo y de su hombro. Aprovechando el aturdimiento momentáneo de su contrincante, Killian lo agarró por la muñeca con las dos manos y se la retorció hasta que el cuchillo cayó al suelo.

McGrath trató de contraatacar, pero con su cintura fláccida y con el estómago a rebosar de vino no era rival para un hombre más jo-

ven y en plena forma. Un nuevo puñetazo de Killian le hizo caer de espaldas contra la multitud, la cual, con una sonora ovación, volvió a empujarlo contra su enemigo. Killian apresó a su oponente por la garganta con ambas manos y lo empujó contra la pared más cercana.

—Nunca hago trampas —dijo con un siseo—. ¿Lo reconoce?

McGrath trataba desesperadamente de tomar aire y lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada. Killian lo golpeó de nuevo contra la pared y aumentó la presión sobre la traquea que mantenía aprisionada.

—Usted mismo cambió los dados —insistió.

Como respuesta, McGrath intentó lanzar unos cuantos puñetazos contra las costillas de Killian, pero, falto de aire, sus esfuerzos no causaron gran impacto. Enseguida se quedó sin aliento y su rostro enrojeció aún más.

—Está bien, suélteme —articuló por fin. Killian le soltó el cuello, aunque, por si acaso, le sujetó las manos contra la pared.

—¿Y bien? —dijo, perentorio.

—Ya le he dicho que está bien —dijo McGrath con voz ronca y gutural—. El maldito barco es suyo. Haga que me traigan papel, tintero y una pluma.

Killian aguardó unos instantes, con la mirada clavada en los ojos de McGrath, hasta que juzgó que era seguro liberarlo. Entonces hizo una señal a uno de los sirvientes.

—Ya ha oído al hombre. Traiga por favor recado de escribir —dijo.

La multitud empezó a dispersarse y algunos de los espectadores felicitaron a Killian por su habilidad en el combate con palmadas en la espalda. Él se limitó a agradecérselo con inclinaciones de cabeza. Todo aquel episodio había sido innecesario y desde luego no había sido su intención proporcionar el espectáculo de la velada.

Mientras McGrath masajeaba su maltrecho cuello, Killian y Rory enderezaron la mesa y se inclinaron para recoger las monedas que habían ido a parar al regazo de Dougie y las que estaban esparcidas por

el suelo. Unas cuantas de ellas debían de haberse perdido, al rodar bajo los pies de los que miraban, pero a Killian no le importaba. Solo deseaba marcharse lo más aprisa que fuera posible.

El hedor de la multitud de cuerpos sin lavar, unido al humo acre de las velas y de la lumbre, le provocaron una súbita arcada. El avinagrado morapio barato que había ingerido no ayudaba a aliviar su malestar. Juró que aquella era la última vez que pasaba el tiempo en un lugar como aquel. Tenía que haber otras cosas en la vida.

Killian aguardó mientras McGrath escribía una nota en la que le cedía la propiedad del barco.

—Necesito testigos —dijo el hombre, taciturno y desabrido, pero de nuevo dueño de sus actos—. ¿Hay alguien aquí que pueda firmar?

Dos hombres se adelantaron y estamparon sus rúbricas en el documento, que McGrath arrojó a Killian.

—Espero que algún día reciba lo que se merece —escupió mientras abandonaba el local con un sonoro portazo.

Killian lo siguió con la mirada durante unos instantes y a continuación se agachó para ayudar a Dougie a levantarse del suelo, donde había permanecido sentado desde que cayera de su taburete.

—Rory, ayúdame a sacar de aquí a este botarate. No puedo soportar más este lugar —dijo.

Rory hizo lo que pudo, pero fue sobre todo Killian quien, medio a rastras y medio a cuestas, sacó a su amigo a la calle. Aliviado de encontrarse por fin fuera, aspiró profundas bocanadas del aire fresco de la noche.

—Tengo que largarme de aquí —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Rory hipó y a continuación se echó a reír.

—Bueno, ahora puedes ser capitán de barco —dijo—. ¿Cuándo zarpamos?